

NUM. X

NERON.

(37-68.)

Neron, nacido 37 años despues de Cristo, es el tipo del emperador romano; es el apogeo de la omnipotencia del mal, del desprecio á la humanidad entera, exceptuándose á sí solo, de la idolatría de la humanidad en sí mismo, de la aspiración gigantesca y loca hácia todo lo sobrehumano, de la lucha contra Dios; es el punto mas alto del peligro siempre inminente, de la indecible fragilidad del poder, de la preponderancia del individuo humano tan colosal y tan precaria. El Nabucodonosor, llamado emperador romano, nunca elevó tan alta su cabeza de oro, pero nunca tan pronto se hundieron sus piés; y con razon se hubiera creído que la estatua de cien piés de alto que Neron mandó se le levantase delante de su palacio, no hizo mas que realizar el profético sueño del rey de Babilonia. Los trece años que reinó pintan mejor que otro tiempo alguno á qué estado habia conducido á la humanidad el último término de la civilización.

Pero para comenzar debo tomar un asunto serio. Desgraciado el que no cree que todas las cosas tienen su lado grave. Nada es tan triste como reírse de todo; la ironía, verdadera tal vez cuando consiste en la forma, miente siempre que está en el pensamiento. Dios me libre de esa falsa y miserable filosofía que no sabiendo llorar ni sonreír, suelta la carcajada á cada paso.

Las ideas (y bajo este nombre comprendo religión, filosofía, moral, en una palabra, cuanto elevaba al hombre de lo momentáneo á lo durable, de lo particular á lo general, de lo concreto á lo abstracto), las ideas, pues, nada tuvieron que adquirir en tiempo de Augusto y de Tiberio. El primero las habia visto agitarse cuando las guerras civiles, y encontraba en ellas cierta levadura de aristocracia republicana. El segundo sospechaba de ellas, pues hubieran podido restablecer cierta unidad entre los hombres y reparar algun tanto la descomposición social en que fundaba su poder. Entre sus sucesores pasó lo mismo, la ciencia era sospechosa, y de aquí el destierro de los filósofos, la ruina

de los Judíos, la persecución de los Cristianos y hasta la destrucción de los druidas y el odio á la Grecia, de donde por ser país que no podia vivir sin agitar alguna, venían las ideas y hasta la preponderancia del espíritu material y militar. Todo cuanto se presentaba con apariencias de filosofía ó aires de nacionalidad, ofendía al materialismo romano y al cosmopolitismo imperial.

Lo que llamamos religión, es decir, el cuerpo de doctrinas y de tradiciones sagradas, realizadas por ceremonias regulares, deberes precisos, enseñanza moral, no existía. No disputaré si se encontraba ó no en algunos misterios, pero estos no eran para todos, y cuando lo fueron, desapareció. En la creencia pública y popular habia tradiciones mas ó menos respetadas, mas ó menos admitidas, mas ó menos coherentes, pero que no enseñaban con autoridad; hasta cierto punto cuando ménos las tomaba cada uno ó por teología ó por ficciones poéticas ó por física encubierta bajo la alegoría: Homero, Hesiodo y todos los poetas que uno despues de otro, con autoridad siempre decreciente, venían á presentar su fabula y á refundir los dioses cada uno á su manera, no eran la Biblia. Es cierto que en aquella sociedad se encontraban todavía algunas claras nociones de moral conservadas por los poetas, principalmente por los trágicos; pero eran inspiraciones personales, eco de los misterios, restos de alguna revelación órfica, sabe Dios qué mas; pero, poco conocidas, pasaban entre el vulgo sin ser comprendidas y no alcanzaban mas valor que las ficciones poéticas. Las fiestas eran cosas de arte, de lujo, de placeres; el culto público cosa de política, y el privado con sus mil supersticiones materia de satisfacción y de gusto personal.

De esta manera el hombre vivía cómodamente con Dios. Grecia habia hecho á la Divinidad accesible, familiar y colocada al nivel del hombre, si ya no la habia hecho inferior á él. Teníase un Dios predilecto, al cual se rendía por favor una adoración particular; para él eran

las pingües hecatombes; para él las ovejas, negadas á los demas dioses; para él las gracias ó las maldiciones: segun era amado ó despreciado, así ó se le suplicaba de rodillas ó se le volvian las espaldas despedazando su estatua y quemando su capilla. Alejandro incendió el templo de Esculapio porque no sanó á su amigo.

La fe era nacional; la religion, ley para un pueblo, no dogma para todos; cada nacion era propietaria de sus dioses, pero las opiniones populares se acercaban poco á la noción de una verdad absoluta. La religion, pues, y la filosofía no crecian en el mismo terreno: la una local y relativa, la otra cosmopolita y abstracta, no era fácil se encontrasen. En Atenas, por casualidad, era preciso á la filosofía alguna mayor precaución, era menester hablar ménos claro, predicar virtualmente el ateísmo, pero no con su nombre propio; suprimir blandamente la Divinidad, á la manera de los epicúreos, sin decir nada personalmente contra este ó aquel dios. La religion seguía su camino y el pensamiento el suyo: este en ocasiones se apartaba de él y se inclinaba; á aquella le eran necesarias hecatombes, no creencias; era política para los Romanos, poesía para los Griegos, hábito y necesidad para todos, doctrina para ninguno; una ley, no una fe.

No se crea por esto que la filosofía era un poder mucho mas fuerte en el mundo que la religion; antes por el contrario no ha habido ninguna época mas supersticiosa. Los dioses de Roma ya no son propicios; cayeron con el orden político que los sostenia: sin embargo, aun tienen adoradores; Júpiter en el Capitolio tiene siervos voluntarios de todas clases, lictores que están al pié de su trono, ugieres (*nomenclatores*) que le anuncian las visitas, otros que le gritan la hora; otros limpian y perfuman su estatua; mujeres peinan los cabellos de piedra de Minerva, mientras otras tienen delante el espejo. Tan verdad era, segun la pública creencia, que el ídolo es el dios mismo, no imagen del dios. Un hombre que ama al dios viene á dar testimonio de él delante de los jueces; otro los presenta una súplica; este viejo actor viene á recitar su papel delante de él, y silbado por el público se resigna á no representar ya mas que para los dioses. Calígula no era mas estúpido que todo su siglo cuando iba á dar conversacion á los dioses, Júpiter tiene amantes que suspiran por él á pesar de los celos de Juno.

Fuera de Roma la Siria llora á su Adónis y adora á su misteriosa diosa Madre: el África, á despecho de la policía romana, sacrifica aun niños á Vénus, al dios eterno, á Baal (1). Germánico se hace iniciar en los groseros misterios de Samotracia, en el culto de los hambrientos Cabiros; él, Agripina y Vespasiano consultan á los dioses de Egipto. La Grecia custodia su religion homérica, y condescen-

diente mezcla con ella el culto de los emperadores, coloca á César en el trono de marfil de Júpiter, y al lado de la casta Diana pone á todas las Julias y Drúsilas de Roma. No abandona por esto su antigua fe, ni los misterios del Eléusis carecen de iniciados; ni entre esta multitud de númenes hay uno siquiera tan poco importante que no tenga á lo ménos su tabernáculo. Doscientos años despues Pausanias describe á millares los templos, los oratorios, las estatuas. Éfeso vive de su templo; toda una clase de artesanos no hace mas que vender imágenes pequeñas de oro y de plata de la gran Diana; y cuando á la vista de esta tosca alegoría oriental San Pablo va á predicar el Dios crucificado, es arrojado de allí á los gritos de: *Viva la gran Diana de Éfeso.*

Y no bastan aun á estos ímpetus de la naturaleza hácia lo que es superior á ella, hácia la ciencia del porvenir, hácia las relaciones sobrenaturales, hácia el otro mundo, hácia el mundo de Dios; las necesidades del hombre, legítimas en su principio, son mas insaciables, y mas locas cuanto mas se corrompe su alimento. Roma tiene necesidad de cultos, de númenes y los llama á todos: desde las extremidades del imperio todas las locuras vienen á esta cloaca del mundo, como la llama Tácito; á este compendio de todas las supersticiones, como la llama otro; « en el botín de cada conquista encuentra un dios (1); » y fué para ella un acto político el hacer la corte á los dioses para ganarse el afecto á los pueblos y pagar su dominio con adoraciones (2); así la religion de los Griegos no es ya distinta de la suya: una piedra negra que llamaban la gran diosa fué solemnemente trasladada desde Vitinia por decreto del Senado; y un cónsul no encontró un operario para demoler el templo de los dioses de Egipto. Estos dioses, á quienes habian dado carta de ciudadanía (*Dii municipales*), hacen mas fortuna que los dioses ruinosos con quienes siempre habian vivido.

¿A quién no pedirá Roma los bienes, los placeres, las riquezas que codicia? ¿Quién podrá calmar el secreto terror que la persigue? El Cielo está irritado; ¿quién podrá decirle *Perdona*? ¿Por qué este sentimiento de terror en presencia de un Dios irritado es uno de los caracteres de la superstición antigua, qué de aquí trae su nombre (*δεισιδαιμονία*, *temor á los dioses*)? ¿Quién les dará plegarias, adoraciones, medios de purificarse? Bajo el despotismo caprichoso de los césares que eleva ó destruye un hombre de hoy á mañana, ¿á quién no se pedirá seguridad para los suyos, defensa para las riquezas, salvación de la propia vida, y uno de aquellos extraordinarios triunfos que llevan de un golpe el esclavo al apogeo? Donde se encuentra un poder ménos inexorable, ménos insensato que el de César, sea en la tierra, en el

(1) PRUDENCIO, *contra Symmachum*. II, 358.

(2) CECILIO, *ap. Minutium*.

(1) S. AGUSTIN, *De consensu Evangel.* 1, 23, § 36.

cielo, ó en los infernos, ¿qué no se hará para conciliarsele? En las sangrientas ceremonias de Mitra irá á colocarse bajo un tejido de hierro para recibir encima la sangre de la víctima. Una jóven irá á romper el hielo del Tiber, y á purificarse en sus frias aguas, y despues medio desnuda, temblorosa, atravesará el Campo de Marte andando sobre sus rodillas ensangrentadas.

Roma está llena de religiosos vagabundos, que van á mendigar en sus calles: los Galos sacerdotes de Cibéles, con los cabellos sueltos y la voz ronca, con su Archigalo, de enorme estatura, sobreponiéndose con sus gritos al ruido de sus tambores, se hieren en el cuerpo con un cuchillo, hacen correr su sangre y la recogen sus fieles señalándose con ella en la frente. Al sonido del sistro aparecen otros vagabundos, y el sacerdote de Ísis con la cabeza afeitada y vestido de lino; unos y otro con cabeza de perro: *Un dios está irritado; estad preparados*; y el pueblo le escucha con un sagrado espanto. « El otoño amenaza, setiembre » traerá grandes desgracias; estad preparados. » Id á Meroe á buscar agua, agua del Nilo; deramada en el sagrario del templo de Ísis. Ofreced un ciento de huevos al pontífice de Belona; » vuestros vestidos viejos al sacerdote de la » grande Ísis. La desgracia está pendiente de » un hilo sobre vuestras cabezas. Ofreced vuestra túnica á los siervos de la gran diosa, » y tendréis paz y expiacion por un año entero (1). »

¿Habrá en Roma bastantes adivinos para descubrir el porvenir á este pueblo que aborrece lo presente? La ciencia oficial de Etruria habia caído en descrédito; los augures no pueden mirarse unos á otros sin reirse; pero la antigua y docta Asia ¿no tendrá que ofrecer los engaños mas delicados? Arúspices armenios, astrólogos de Caldea, augures de Frigia, adivinos de la India, acudid todos: explicad al pueblo romano este sueño que le inquieta; prometedle el testamento de este viejo á quien acaricia y que no quiere morir. El rayo ha caído aquí, ¿qué significa? las líneas de mi mano ¿qué quieren decir? cada presagio tiene su adivino; el encantador no es astrólogo; el quiromante no tiene nada que ver con los muertos; se cuentan hasta cien maneras diferentes de adivinacion; pero, sobre todo, salud á este gran hombre; es el mártir de la astrología, la mas acreditada de las ciencias ocultas, la mas perseguida por el poder, que la persigue porque cree en ella; ese hombre lleva la señal de las cadenas; ha vivido por mucho tiempo en el escollo de Serifo, donde le tuvo prisionero ese general vencido á quien habia prometido la victoria; César le perdonó á duras penas. Si sois rico, llevadle á vuestra casa. Se tiene un siervo astrólogo así como se tiene un siervo médico, un siervo literato; y

(1) JUVENAL, *Sat. VI*, TERTULIANO, *Apologet.* 9; SÉNECA, *De vita beata*, 27.

por un tanto al dia tendréis al lado un confidente de los dioses: raza venal, con la cual no puede contar ni el poder de los grandes, ni la esperanza de los pequeños; personas á quienes Roma proscribe siempre y siempre conservará, y ninguno tendrá fama si no es condenado (1).

Pero pasemos á otra cosa; á la filosofía. En este pórtico, entre los gritos y las risotadas de la multitud, disputan dos hombres, ambos con larga barba, túnica sucia y manto lleno de lodo (2). Uno es estóico con la cabeza afeitada, pálido el rostro por las vigias, que se alimenta de habas y de pan mojado en agua, que tiene un santo horror á la cama, un gran desprecio á la vajilla de plata, defiende las creencias antiguas, la Providencia, la patria, la amistad; su clientela la forman los dioses. Un cínico semi-desnudo, con sus alforjas y el pan de avena, no argumenta sino que se burla brutalmente, desprecia todo lo que no sean los apetitos de cuerpo; se rie de los rancieros nombres de patria, matrimonio, amistad, de todos los vínculos de la vida humana. Triunfa porque hace reír al pueblo; es del pueblo y habla su lenguaje; dejó la tienda de peluquero, ó de perfumista por la profesion mas lucrativa de filósofo; da una vuelta por el circo y los óbolos llueven en sus alforjas. Animo, filósofo; tú dejarás bien pronto el oficio; podrás deponer el baston, afeitarte la barba, y sabio en el retiro renunciar á todas las austeridades de tu maestro Diógenes. Entretanto anda á buscar otros oyentes; los tuyos han desaparecido y han ido al templo de Ísis á purificarse, á pedir la salud á la diosa, el valor al dios Terror. ¿Qué te importa á ti? Ya te han pagado.

Todas las grandes y serias escuelas filosóficas han desaparecido. El estoicismo, que habia sido casi un partido en las guerras civiles, se hizo por esto sospechoso de deslealtad al príncipe, de aristocracia al pueblo. No habia allí ni pirronistas ni pitagóricos, dice Séneca; el platonismo, la doctrina mas alta, mas sintética, mas intuitiva, se extravió en una filosofía enteramente opuesta, la Academia nueva de Carneádes, escepticismo templado que dice muchas cosas gratuitas de las cuales no está bien seguro, que se inclina á creer en los dioses y en la inmortalidad del alma, pero que siempre se contenta con probabilidades, con espléndidas hipótesis, con frases espirituales; filosofía muy adornada, filosofía de literato, de hombre de mundo, propia entre otros de Ciceron que conocia tan profundamente las letras y el mundo. Hasta el epicureísmo está en decadencia, y ya no es una doctrina sino un pretexto cómodo y filosófico de todo vicio; pero por lo mismo que no era una doctrina, la escuela de Epicuro adquirió muchos mas discípulos que las otras.

Esta carencia de toda doctrina en lo que se

(1) JUVENAL, *Sat. VI*.
(2) LUCIANO, *Júpiter trágico*.

llamaba filosofía, esta ausencia de todo dogma en la religion, esta falta completa de toda idea abstracta ó superior, producía un extraño espectáculo. A falta de doctrina abundaban tendencias vagas, caprichos, fantasías, hábitos, inclinaciones ateas, panteísticas, escépticas, superstitiosas, que no admitían la razon, y que á pesar de ser contradictorias no eran nunca inconciliables. Bajo el cetro de la tolerancia romana, que no tenia miedo á las ideas sino cuando tomaban cuerpo, todo se encuentra, nada se choca.

Y sin embargo (verdad general que explica la frecuente alianza de la supersticion y del ateísmo), el hecho dominante de esta sociedad, el gran mediador de todas estas contradicciones, el dogma ménos vagamente comprendido es el fatalismo. No se cree en los dioses, y se cree en el destino; desesperando de dirigir el porvenir, se quiere á lo ménos conocerle, y cuanto mas matemáticamente inmutables se creen sus leyes, mas esperanza se tiene de descubrir las en los sueños y en los presagios.

Plinio, que en un pasaje que revela la última degradacion moral del pensamiento humano (1), tiene lástima de Dios, si es que le hay, porque no puede hacer cesar en sí mismo la desventura de la existencia, porque no puede tener tampoco el consuelo del suicidio; Plinio pone el dedo verdaderamente en la llaga. « El culto de los dioses abandonado por unos, es en otros innoble y vergonzoso: sin embargo, entre estas dos doctrinas, la especie humana se ha formado un término medio, una especie de Dios, que confunde aun mas nuestras ideas acerca de Dios; en todas partes, á todas horas, todas las voces invocan á la fortuna, y para hacer aun mas dudoso lo que puede ser un Dios, el destino se ha convertido ahora en Dios para nosotros. »

El único poder moral que queda, pues, es el de la Religion; pero no una fuerza de conviccion, sino de hábito, que se mezcla á todo porque no estorba nunca; identificada con la poesía y las artes, huésped familiar y cómodo en todas las casas, convidada indulgente de todas las mesas, antigua amiga de todas las familias; entra en todas las afecciones, en todos los usos, en todas las conveniencias de la vida.

El politeísmo habia hecho á la sociedad un servicio enteramente político, deificando la cosa pública, y legitimando el patriotismo, pero ya no podia conseguir este objeto; y para sostener el orden social hubiera tenido que ejercer una accion moral é individual; mientras que la poca moralidad innata en el politeísmo griego, el respeto á los ancianos, la piedad á los que la pedían, la fidelidad á los huéspedes habia pasado á Roma como pura poesía homérica. Las preces no pedían mas que los goces de la virtud; y en cuanto á virtudes habia demasiadas: « dadme la vida y las riquezas: la sabiduría yo

(1) *Historia natural*, II, 7.

» me la daré á mí mismo. » Por lo tanto el politeísmo, poderoso como cosa temporal, importante como moral y doctrina, era una cosa casi inútil para el bien, casi inútil para mantener el orden social.

Por lo tanto los padecimientos del mundo se multiplicaban cada dia; reinaba el egoísmo con su corte, el espíritu de exterminio, la esclavitud, los sacrificios legales, las prostituciones religiosas, las exposiciones de niños, la mantanza de los prisioneros, los combates de gladiadores, las guerras de exterminio, los asesinatos de pueblos enteros.

¿Y esta sociedad conocia el mal que la aquejaba? Ciertamente se queja de él con palabras, ¿pero á quién acusa de sus padecimientos? Tácito los atribuye á la batalla de Filipo y á César, á la caída de la aristocracia republicana; otro á Tiberio, á Seyano, á los espías: las causas superiores quedan incógnitas, como los remedios, aunque los habia fáciles de descubrir á la luz de la razon; todos aspiran á una cosa mas dulce y cómoda, no á una cosa mejor; cada uno queria estar mejor, pero no piensa en ello, no lo desea, no espera que haya nada mejor en el mundo. Alguno supone que el instinto por lo mejor debería estar en el fondo de la parte de la sociedad destinada á sufrir, entre aquellos ilotas de mil nombres diversos que tenían conculcados el egoísmo antiguo. Pero además de que la historia no nos ofrece señal ninguna de esto, es una triste verdad que la degradacion exterior concluye por producir la degradacion moral, que los pueblos esclavos se envilecen, que los despreciados se hacen despreciables. Mucho me duele decir esto á mí que quisiera volver á la naturaleza humana la dignidad que otros quisieron arrebatarla; pero una experiencia demasiado constante lo confirma; y si trato de conocer en el tiempo que describo la moralidad de las clases esclavas, encuentro muy poco que me consuele. Toda la compensacion contra los padecimientos consiste en la revolucion material, no en la del pensamiento, en la insurreccion no hácia la virtud, sino hácia el desorden. Veo al señor en medio de sus millares de siervos temblar siempre por su cabeza, y así lo dice el proverbio: *Tantos esclavos, tantos enemigos* (1); los suplicios mas espantosos no dan seguridad al techo doméstico. Veo aun un Espartaco, y el incendio, el saqueo y las renovadas insurrecciones de Sicilia; represalias legítimas en cierto sentido, pero cuyo buen éxito hubiera sido terrible para el mundo; y finalmente, como último y único remedio el suicidio, y entre otros ejemplos, uno que admira Séneca, un gladiador que siendo conducido al circo en la carreta, pone su cabeza entre los radios de la rueda, que se la destrozan. El suicidio es el último refugio para todo, lo mismo para la saciedad del rico que para la desesperacion del pobre; y el ejemplo acos-

(1) SÉNECA, *Ep.* 17.

tumbaba de tal manera á la muerte que habia quien se suicidaba por fastidio, por desocupacion, por moda.

Y cuando llegamos á la conclusion de los tiempos antiguos, si reunimos en un solo pensamiento todos los hechos, encontramos en la religion el exceso de la supersticion y la dureza del ateísmo llevadas ambas al extremo, el poder exterior y la nulidad moral de politeísmo antiguos; en filosofia el descrédito de todas las doctrinas que habian tratado de elevar la naturaleza humana, la propagacion de una filosofia no pensadora, y la doctrina ménos pura humillada aun á una práctica inteligente; en la vida la relajacion de todos los lazos sociales al romperse el vínculo patriótico que habia tenido unidos á todos, la ausencia de sacrificios, fortificada con la facilidad del suicidio, ni una sola señal de reaccion hácia un estado mejor; vese, pues, que el mundo estaba muy mal preparado para recibir una doctrina mas elevada y mas pura, y que por lo tanto bajo este punto de vista el Cristianismo vino muy fuera de propósito. En unos tiempos en que excepto las tradiciones mal comprendidas no habia nada en el mundo griego y romano que preparase el camino á una regeneracion del hombre, cada dia mas sumergido en la miseria; que en los confines del desierto de Arabia, no lejos del Eufrates y de las fronteras del imperio, en una subdivision de la provincia de Siria, en un país sin comercio ni navegacion, abierto á las desastrosas correrías de los Árabes, lejos de las grandes ciudades doctas, Roma, Alejandria, Atenas; lejos del poder romano y de las ideas que este traía detras de sí; que unos Judios de Galilea, que hablaban una lengua bastarda, que escribian á fuerza de barbarismos, despreciados por la sabiduria helena, que no habian leído nunca á Platon y para los cuales era, como si no hubiese existido todo lo que habian pensado en tres siglos Grecia, Roma y Asia; que únicamente tenian la Biblia ya corrompida de los rabinos, de la cual habian sacado tan falsas deducciones las sectas disidentes, y tantas sofisticas interpretaciones los fariseos; que hombres semejantes, un pescador llamado Simon, un publicano llamado Mateo y pobres pescadores del lago de Genesaret descubriesen ó predicasen la doctrina mas opuesta en teología á la incredulidad y á la idolatria de su siglo, mas opuesta en la práctica á sus supersticiones, mas opuesta en la moral á sus costumbres, mas opuesta en filosofia á la incertidumbre y á la nada de sus ideas, es una cosa que nunca se hubiera creído.

Que despues estos hombres proclamen su paradoja en medio del mundo culto, supersticioso, idólatra, sin consideracion alguna á la oposicion que debia hacerles el mundo, es una cosa que yo no puedo explicar. Así, en esta hipótesis, la historia del origen del Cristianismo es maravillosa y difícil de comprender. Gibbon y los suyos evitan esta dificultad no hablando de ella; hablan del Cristianismo

ya adulto, introducido en el órden social, desarrollado, sin decir una palabra de su infancia; suponen que ha nacido, pero no dicen cómo. Considerando solo la posibilidad humana, lo mas racional es creer que el Cristianismo no debiera haber aparecido.

Y sin embargo, apareció; y apenas nace, principia á ejercer su influencia sobre todo el mundo; hasta aquellos que no le conocen, le respiran y se impregnan en su esencia. No hay ningun hecho tan notable en aquel siglo, ni en los siguientes, como esta accion insensible, por decirlo así, subterránea, del Cristianismo sobre todo lo que no es él. Todos los sistemas de filosofia pagana toman algunas tintas de su luz, y desde el reinado de Neron se desorranan y esparcen en la atmósfera nociones mas elevadas que las del politeísmo, mas puras que las del mismo platonismo. La filosofia no es ya atea é irreverente, se somete al culto público, « no como á una verdad, sino como á una costumbre; no para honrar á los dioses, sino para satisfacer á las leyes: » adquiere pensamientos mas nobles; « Júpiter no es ese coloso dorado del Capitolio que tiene un rayo de metal en la mano; los dioses son como los pintan los poetas, tan culpables como los hombres y mas poderosos en el delito; intolerable confusion de todas las ideas en que el vulgo considera á los dioses al nivel de sus propios vicios. ¿ Adoraréis ya de buena fe á esa innoble turba de números acumulados por siglos de supersticion, unos casados, algunas veces entre hermanos por los poetas, otros que no encontrando partido conveniente permanecen célibes; diosas viudas, como la diosa Fulgor y la diosa Devastacion, á las cuales no es extraño que faltáran pretendientes. Creed en los dioses, reconoced su santa majestad, reconoced su bondad, sin la cual no existe la majestad (1). Amadlos (2); sometéos á su providencia que gobierna el mundo; en la obediencia á Dios está la libertad (3). Abandonad las pingües victimas, los sacrificios de rebaños enteros; adorad con voluntad mas piadosa y recta (4); dad á los dioses lo que con toda su opulencia no puede darles el hijo de Mesala, un pensamiento respetuoso á la justicia, un corazon lleno de nobleza y de virtud. Desterrad esas plegarias tan vergonzosas en sí mismas que causaria rubor el oirlas. No murmuréis á los oidos de los dioses, vivid publicamente (5).

Para dar á esta edad el colorido conveniente, sería preciso recoger algunos débiles resplandores si los hay en la historia apócrifa de Apolonio, obra anticristiana, escrita por el sofista Filostratos; tosca y evidente parodia del Evangelio, en que el retórico de Atenas resucita des-

(1) SENECA, *ap. S. Agust. De civ. Dei*, VI, 10; *De benef.*, VII, 2; *Ep.* 96.

(2) *Id. Ep.* 42, 47, etc.

(3) *Id. De vita beata*, 15.

(4) *Id. De benef.* I, 6; *Ep.* 116.

(5) PERSEO, II.

pues de mas de un siglo la memoria de este mesías muerto sin discípulos y le adorna con las pretensiones taumatúrgicas del neoplatonismo de su tiempo; historia que pertenece á la época en que hubiera sucedido, no á la época en que fué inventada. Sería preciso tambien retroceder tres ó cuatro siglos é inventar una historia particular, la de la comunicacion entre el judaísmo y la filosofia griega para explicar á Filon; genio sorprendente de este siglo; inteligencia llena de una mezcla de cábala y de platonismo; y al mismo tiempo de una piadosa ortodoxia mosaica, en la cual mezclaba los números de Pitágoras con ideas luminosas, que tomadas de los antiguos libros de Salomon, desarrolladas por los judios de Alejandria, quedaban como un depósito en aquel rincon del mundo, en aquella colonia greco-judía hasta que el Cristianismo, venido de otra parte, las desenvolviese bajo su influencia y las infundiese vida. Convendría valuar en su justa apreciacion y valor los diversos movimientos del orientalismo, del helenismo de Alejandria, del judaísmo fariseo de Jerusalem; movimientos independientes, aislados, y que motivados unos por el Cristianismo y explicados otros por él, no tienen unidad sino en él mismo, porque el Cristianismo es la unidad de aquel siglo, así como desde entónces lo es de todos.

No sintiéndonos con fuerzas para tan grande obra, volvamos á Roma para ver allí mas de cerca el pensamiento humano, y busquémosle en Séneca y en San Pablo.

Séneca, hijo de un retórico español, educado en medio entre el énfasis de su padre y corrupcion de Roma en tiempo de Tiberio; elocuente á la moda que todo lo prueba con arengas, poemas, diálogos; confidente de Agripina, panegirista oficial de Claudio, preceptor y autor de los antiguos discursos de Neron, enriquecido por su terrible discípulo, no se nos presenta bajo el aspecto casi mitológico de un Pitágoras ó de un Platon; la culpa fué del mundo en que vivió.

Sus enemigos le decian: « ¿ Por qué tu vida es tan inferior á tus palabras, por qué tienes esa quinta tan adornada, esas comidas no arregladas á la filosofia, ese vino de mas años que tú, ese patrimonio entero colgado de las orejas de tu mujer? Es preciso un arte para servirte á la mesa, una ciencia para colocar tu vajilla en el aparador, un gran talento para disponer tus triunfos. »

Séneca mismo pone en boca de sus enemigos estas acusaciones y prosigue: « Añadid los bienes de que yo no tengo cuenta y los esclavos míos á quienes no conozco. » Y responde, con una modestia rara entre los antiguos, que yo estimo mas que la pobreza ostentosa de muchos: « Yo no soy un sabio; apacigüense vuestros celos, no lo seré nunca. No pretendo igualarme á los hombres mejores; trato solo de saber un poco mas que los peores. Me contento con disminuir cada dia un poco mis vicios, con

reconocer cada dia algun error mio. Me siento aun sumergido en el mal; hago el elogio de las virtudes, no el mio, y cuando combato los vicios, combato los primeros los míos (1). »

El que habla así tuvo el mérito de buscar el bien sin partido deliberado. La herida social era grave; ¿ podia el filósofo pedir su remedio á los átomos encadenados de Demócrito? ¿ ó debia ocuparse con los estóicos de probar á su siglo que la virtud es un animal y que cuando el hombre es aplastado bajo una piedra su alma comprimida no puede salir? La metafísica de los Griegos, y en general toda la parte dogmática de su filosofia, era demasiado incierta ó demasiado especulativa; pasatiempo de escuela; arma inútil del pensamiento, de la cual no podia esperar remedio el mundo enfermo. Pero Séneca, viendo mas claro que algunos modernos, sondeó la llaga, conoció que la inteligencia humana habia dado ya todo lo que podia, que el mal, y el remedio estaban en el corazon del hombre y que no era la metafísica ni la política lo que era preciso reformar, sino la moral.

Colocado, pues, en este camino, sin espíritu de partido, unido al estoicismo que habia conservado la moral mas pura y eficaz, y que con Panecio y Posidonio habia vuelto á enseñar las obligaciones sin fundarse en la palabra del maestro, cita de continuo á Epicuro y al cinico Demetrio; combate la absurda metafísica de los estóicos, su fatalismo y la materialidad de sus dogmas.

Se cree que conoció á San Pablo. Sea esto ó no verdad, me parece evidente que Séneca, genio curioso, y en posicion de conocerlo todo, no ignoraria enteramente el Cristianismo, que se explicaba en Roma, que habia hablado públicamente en todas las plazas publicas de Grecia, delante de todos los pretores y entre otros de Galion, su hermano; el Cristianismo, cuyo apóstol se habia presentado dos veces á Neron, habia sido despedido por sus contradicciones (2). No le conoció enteramente, no oyó su palabra suprema; pero algunas ideas suyas sobre la Divinidad, mas puras y determinadas que las de Platon, una multitud de nociones impregnadas de espíritu cristiano, muchos pasajes que son traduccion elegante del texto griego de la Escritura, y algunas veces hasta el estilo evangélico, prueban hasta la evidencia que Séneca habia comprendido algo del lenguaje de aquella *gran multitud* (3) de que Neron hacia antorchas para su jardin.

Séneca no admite el dios ciego, impotente, corpóreo de los estóicos. « Ya se le llame destino, naturaleza, fortuna, providencia, es indudable que hay una voluntad superior, incorpórea, independiente, causa primera de todo, al lado de la cual todo es pequeño, que

(1) *De vita beata*, 17.

(2) *Actos de los Apóstoles*, XXVIII, 22.

(3) TÁCITO, *Ann.* XV, 44.